

SER MISIONERO DESDE LA CONSOLACIÓN

Ser misionero significa e implica:

1. Hacer vida la experiencia de Emaús: Lc 24,13-35 (analizar cada uno por separado, luego comentarlo juntos).
 - a. Identificar cuales son los momentos en que hago este camino de regreso a mis cosas, a mi egoísmo interior, triste y desahogado, como los dos discípulos.
 - b. Describir los sentimientos que se debaten en mí delante de esta situación.
 - c. ¿Qué circunstancias, momentos, me hacen tomar conciencia de que Jesús está a mi lado?
 - d. ¿Qué actitudes tomo cuando hago experiencia de Jesús partiendo el pan en mi vida?
2. Hacer un camino de aceptación del anuncio, de conversión y aceptación de la propuesta de Jesús, tal como hizo el etíope (hechos 8,26-40) (analizar cada uno por separado, luego comentarlo juntos), o como lo ha hecho Bartimeo: Mc 10,46-52 y // (fue visto).
 - a. ¿En qué circunstancia y de qué manera se han acercado hasta la carroza de mi vida para anunciarme a Jesús?
 - b. ¿Qué pasajes de mi vida aún no comprendo o no encuentro la presencia de Dios?
 - c. El acercarse a alguien para anunciar a Jesús, implica la conciencia de tener el espíritu en nosotros. ¿De qué modo te das cuenta que él está en tu vida? ¿Cuáles son las actitudes que deberías tomar en tu vida para ser disponible como Felipe en tu realidad de vida?
 - d. ¿Cuáles son, en tu contexto, las carrozas a las que tienes que aproximarte, y aún no lo haz hecho?
3. Ser consciente de la responsabilidad que tenemos en compartir en la alegría y la esperanza de ANUNCIAR – ser testigo de - a Jesús: Mc 16,15 (Vayan), Lc 24,48 (ser testigo de todo esto), Mt 28,19 (hagan), Jn 20,31 (para que crean y tengan vida) (analizar cada uno por separado, luego comentarlo juntos).
 - a. ¿Qué significa en tu vida la expresión: “Vayan”?
 - b. ¿De qué modo eres “testigo de todo esto”?
 - c. ¿Cómo se aplicaría en tu diario vivir esta recomendación “Hagan”?
 - d. ¿Cómo harías para que los demás “crean y tengan vida”?
4. Presentar a Jesús y su Reino por Él inaugurado: Lc 4,18-21 (analizar cada uno por separado, luego comentarlo juntos).
 - a. ¿Qué significa para tu realización personal: “me envió para”?
 - b. ¿Qué es evangelizar desde tu realidad de persona en camino?
 - c. ¿Quiénes son los pobres en tu vida? (Identifícalos).
 - d. ¿Cómo harías para promulgar, proclamar, difundir, “un año de gracia del Señor”?

Por lo tanto, ser misionero no significa, **NO** es:

- Ir a “salvar almas”.
- Ir a evangelizar a “pueblos paganos”.
- Ir a llevar los “beneficios de la gran civilización occidental”.

Sabiendo lo que significa ser misionero

Se puede caminar en la vida como misionero desde estas perspectivas:

- a- **Turista**: apurado y superficial. Su visión y su caminar, serán epidérmica, se queda solo en la cáscara, en la que está más afuera de la experiencia de la vida. Solo va al encuentro de los demás para verlos como son, para conocer sus usos y costumbres, para apreciar el lugar donde viven. Posee un corazón de “Buey”.

b- **Mochilero**: Es un caminar más pausado, tranquilo, sosegado, con una mirada más profunda, conoce la geografía del camino con mayor objetividad. Contempla la vida. Se encuentra con los demás desde la amistad y empatía. Posee un corazón de “atleta”.

c- **Peregrino**: es un caminar por la vida con una actitud de fe y de escucha de Dios. Posee una mirada profunda de toda la geografía del camino, visto con el prisma de la presencia de Dios en ese caminar. Conociendo la geografía del camino conoce las reglas con las cuales moverse por Él y sus consecuencias, o sea está guiado por una espiritualidad. Va al encuentro de los demás con la seguridad de que los otros son hermanos y hermanas que esperan le hagamos conocido a Dios. El misionero que así camina va haciendo de la vida una historia dinámica, es un moverse hacia Dios, hacia la Tierra prometida (Abraham) (como dijera el Vat. II), junto con toda la humanidad, pues la invita a caminar hacia la casa del Padre. Posee un corazón de “atleta”. Somos atletas de Cristo (Pablo).

El caminar comporta un salir y un llegar. Para el misionero el salir: es un dejar, despedirse, vivir en lo provisorio, enfrentando riesgos y problemas, experiencias, penurias (mortificaciones). El llegar, significa: llegar al destino, a la meta esperada, deseada y al fin alcanzada, Lc 13,33.

Las reglas para ser un misionero peregrino son:

1- Aire: oración continua, persistente, 1 Tes 5,17.

2- Piernas: un buen estado físico. Ayuno, auto-dominio, es el practicar las virtudes y luchas contra los defectos, 1 Cor 9,25.

3- Reflejos: es la solidaridad, la caridad, la misericordia, Gn 4,9; Is 58,7; Mt 6-7; 25.

El misionero coloca su estabilidad en Dios, nuestra meta, por eso somos extranjeros en este caminar por la vida hasta no alcanzar la meta fijada: la casa del Padre.

Jesús es el caminante por excelencia, por antonomasia. Por eso es El Misionero del Padre. Él es también el camino, puesto que así se definió. Por lo tanto el camino ya fue hecho, y la misión empezada: Hay que descubrirlo.

El caminar del cristiano, por ende del misionero, no solo se limita en un mero discipulado o seguimiento de Cristo (secula Cristi), o en el mero cumplimiento de normas morales previamente establecidas (imitatio Cristi) (moralismo religioso), sino que es un camino misionero personalizado. O sea, es un camino misionero que solo nosotros, lo podemos hacer, no hemos sido fabricados en serie, ni el caminar es en serie, todo exactamente de igual modo, de la misma manera. Al ser adhesión personal a un Dios hecho tierra (hombre) y camino, nuestro caminar y ser misionero tiene una impronta propia. Así el camino se convierte en algo personal, igual que la misión, no porque sea asunto mío y a mi manera, sino porque al ser persona única (cada uno fue creada única e irrepetible). No se sigue una ideología del camino, mas una persona que es el camino, Jn 14,4-7. Es un camino cuya meta es la misma del lugar de donde partimos: Dios, Jn 16,18. Por ende la misión es única: la de Dios que nos la ha confiado.

La misión implica dinamisidad. Ser misionero significa adecuarse al camino (Jesús) que es el contenido de la misión y quien nos envía. Pues así es el camino. Es un camino dinámico y progresivo, por lo tanto, no es involutivo o regresivo (Gn 19,26). Es volver al regreso. Es un camino de compromiso con la humanidad. No se puede volver al Padre, sin asumir al hermano.

Nuestro vivir ha de ser vivido dentro de un proceso de permanente cristianización, en forma gradual, con altibajos, sacrificios, alternancias. En la medida que sea así nuestro vivir, caminar, también lo será la misión a la cual fuimos llamados.

Desde la consolación:

La consolación proviene de la seguridad que tenemos de que Jesús está presente en nuestras vidas dándonos su shalom, su paz. La veremos a partir de diez elementos que, como diez ladrillos, puedan ayudar a construir la espiritualidad de la consolación. Son ladrillos vividos y reflexionados desde la

más lejana situación de consolación como es la guerra y desde la más cercana y maravillosa forma de consolación como es la acción misionera.

Los diez elementos de consolación tomados en consideración son:

ALEGRÍA EVANGÉLICA:

Consolación, dice el profeta Jeremías, es el paso del llanto a la alegría, pero a una alegría mucho mayor que ese dolor. (Jer 31,13). Esta alegría evangélica viene de arriba (2 Cor 1,3 y s) y penetra en el corazón. Es una alegría doble:

A. La alegría receptiva que se experimenta al recibir la gracia de la Palabra. Es la consolación que viene del Padre por el Hijo en el Espíritu. Es la consolación de todos aquellos que esperaban la venida del Consolador y cuyo encuentro con él en forma personal, los llenó de plena alegría como le aconteció a Simeón, a Ana, a Isabel, a Juan Bautista y sobre todo a María inundada por la fuerza del Espíritu, constituida madre del Salvador y por tanto, plenamente consolada. Es la misma alegría que inunda la vida del apóstol cuando recibe la Palabra (Rom 15,4).

B. La alegría donativa como ofrecimiento misionero de la Palabra, Buena Noticia para los que no la conocen. Quien esto hace, puede llamarse, como Bernabé, hijo de la consolación (Hch 4,36).

Esta alegría como ofrecimiento de la Palabra, está llena de la consolación apostólica que podemos llamar paternal o maternal.

VISION GLOBAL:

Es la mirada de conjunto que percibe las necesidades y las expresa: “¡No tienen vino...!” (Jn 2,3). Es esa actitud mariana que sabe mirar lo que los demás no miran, que sabe ver el sufrimiento escondido donde los demás ven todo normal; que sabe penetrar con la mirada intuitivamente y ver las necesidades apremiantes. Al mismo tiempo, no deja esa necesidad escondida en el silencio sino la pone de manifiesto; la denuncia, diríamos hoy.

ESCUCHAR:

Las palabras de Job son muy claras: “El mejor consuelo que ustedes pueden darme es escuchar mis palabras. Tengan paciencia mientras hablo, y después, ríanse si quieren.” (Job 21,1). No se trata de escuchar cualquier cosa sino escuchar la narración de quien sufre y hace vida el sufrimiento. La narración del sufrimiento libera del mismo cuando hay alguien que sabe escuchar. La narración de la propia identidad pisoteada facilita la reconstrucción de la misma. La narración de la historia de mentira y de violencia en la que alguien ha sido atrapado, le permite liberarse de la misma, perdonar al agresor, dar un paso a la reconciliación, reconstruir la memoria. Todo esto es consolación que proviene del saber escuchar. Bien pedía Salomón a Dios: “Dame un corazón que sepa escuchar” Saber escuchar es ser testigos y mensajeros de un horizonte nuevo, de una narración superior que recoge y recompone la narración violentada.

ESPERANZA:

La esperanza es mirada hacia el futuro, es seguridad de salir del actual túnel de violencia. Es proclamar en la noche que nunca es más oscuro que cuando va a amanecer. Es certeza de que, como en el navegar por los ríos, una corriente en el fondo nos lleva siempre hacia delante. Consolación y esperanza van juntas. Cuando se pierde la segunda, el recuperarla hace vivir la primera: “A los que se arrepienten les concede el volverse a él, y consuela a los que han perdido la esperanza.” (Sira 27,24). Así les aconteció a los discípulos de Emaús que decían: “Nosotros teníamos la esperanza de que él sería el que había de libertar a la nación de Israel. Pero ya hace tres días que pasó todo eso.” (Lc 24,21)

PRESENCIA:

Naturalmente no se trata de cualquier presencia como la de un libro en la biblioteca o la del bibliotecario en su oficina. Se trata de estar presente allí donde hay sufrimiento por la soledad, por el peligro, por la amenaza, por la violencia. Consolación es precisamente palabra compuesta por el “con” de compañía y el “solo” de soledad. La expresión tan habitual entre los misioneros: “ir allí a donde nadie quiere ir”, indica esta forma de consolación como presencia donde la ausencia es significativa.

CONFIRMACION:

No se trata del sacramento sino de una peculiar forma de valorar al otro, de poner de manifiesto no tanto lo que es cuanto lo que puede llegar a ser con sus capacidades y virtudes. Es decirle: “Tú puedes ser aún más, tienes madera.” Es la actitud de Jesús con la adúltera: Vete en paz y no peques más. Tú puedes vivir una vida diferente”. Es la actitud de María, la madre de Jesús: “El Señor ha hecho en mí cosas maravillosas.”

ENSEÑANZA DE LA ORACION:

Se trata de enseñar a orar como lo pedían los discípulos a Jesús y como Juan procedía con sus discípulos...De esa manera, se llega a la compañía más plena porque se llega al encuentro con Jesucristo vivo y a sentir la mirada del Padre que ve en lo secreto. Es la experiencia de Ana y del anciano Simeón frente al niño, los dos felices, han recibido la consolación que esperaban.

PROMOCION DE LA JUSTICIA :

Es el amor social proclamado por Jesús en la sinagoga y en otras circunstancias y para el cual fue ungido por el Consolador, el Espíritu Santo: Lc 4,18-19. La promoción ayuda al otro a ayudarse a sí mismo, a ser el agente de su liberación, a autoelevar su calidad de vida. La consolación adquiere entonces una dimensión planetaria y es un desafío enorme a la globalización injusta en acto de inspiración neoliberal que coloca en una nave veloz y segura a los poderosos del mundo y en otras, inseguras y cada vez más lentas, al resto de la humanidad.

HECHOS DE PAZ:

La bienaventuranza de Jesús no se refiere a los que hablan de paz ni tampoco a los pacíficos. Ella se refiere a los artífices de la paz, esto es, de los que ejecutan verdaderos hechos de paz. Son personas que tanto aman la paz que sacrifican la paz personal para colocarse en medio del conflicto y con su mediación generar acercamiento entre los que están divididos. En este sentido, Jesús fue el gran consolador porque con su cruz colocó el más grande hecho de paz: “Cristo es nuestra paz. Él hizo de judíos y de no judíos un solo pueblo, destruyó el muro que los separaba y anuló en su propio cuerpo la enemistad que existía”. (Ef 2,14).

AMOR A LA VERDAD:

El amor es principio porque el amor impulsa a consolar a otros como anota Pablo (Fil 2,1) y el amor es la culminación porque toda experiencia de haber sido consolado termina en un acto de amor.

El máximo consuelo es el amor. Por eso, el salmista exclama: “Que tu amor me sirva de consuelo” (Sal 119,76) y Pablo pone de manifiesto en el corazón mismo de Cristo esa unidad de amor, consolación y esperanza. (2 Tes 2,16). El verdadero amor está impregnado de verdad, de lo contrario más que amor es simple sentimentalismo. La consolación es conversión del llanto en alegría pero en una alegría basada en la verdad. De lo contrario, es sencillamente engaño, palabras vacías, como anota el profeta Zacarías (Zac 10,2). Si la consolación es liberación de la tristeza, de la opresión, de muchos males en tanto es auténtica en cuanto se ciñe a las palabras de Jesús: La verdad les hará libres” (Jn 8,31).